**Algunos poemas de Ángel de San Martín Tudela**

**PLEGARIA A MI HIJA**

Cuando llegue a mi página postrera

y esta barca, mordida por la broma,

siente su quilla, lapas y carcoma,

en el fondo de un raro mar cualquiera,

pon en mi mano, blanca, una bandera,

una rosa perfecta, una paloma.

Quiero a ver a la Muerte como asoma

en la recta final de mi carrera.

Esperaré que llegue zalamera,

y me abrace teatral y convencida

de que arranca del mundo, cancerbera,

a un medroso que aplaza la partida.

Quiero saber que sabe que ha abrazado

a un hombre que no teme al otro lado.

Septiembre de 2006

**RAPSODIA HÚNGARA Nº 2 DE LISTZ.**

Esa, la virgen gitana

que se enrosca en su figura

bailando en la noche oscura

hasta el albor de mañana,

siente en la luna de grana

arrebatos de locura

ante toda su hermosura.

Y baila ya sin cesar

arrollando el clarear

a su delgada cintura.

Mi primer poema, 1952

**LA ENJUTA PALMERA**

Altiva se yergue

la enjuta palmera.

Sus plumas el aire retoza

y el tronco fibroso,

-señora de talle

elegante y esbelto-,

cogido se encuentra

por la tosca soga.

Los golpes de pico

y el hacha incesante

se ahogan

ante la algazara

que los niños hacen

junto a la gran palma.

Tirones de cuerda,

raíces cortadas,

fuertes empujones

tiran a la dama

y, alegres y bobos,

se suben, la palpan

y la pisotean

y sobre ella bailan.

Su tronco soberbio

que nunca los hombres

pisaron

se encuentra en el suelo,

pintado de fango.

Sus palmas morunas,

que el reflejo blanco

de la blanca luna

la hicieran sultana,

el barro la ensucia.

Y aquellos berridos

que la pueril chusma

lanzara de gozo

se pierde en la altura.

Un timbre

vibrante se escucha,

y aquellos zagales

se van alejando

con risa en los labios

y mirada pura.

Ya sólo se advierte

por el negro patio

papeles, que al aire,

susurran

blanda melodía,

perdida, difusa...

La altiva palmera

se mira desnuda:

desnuda de todo,

desnuda de altura,

desnuda de aire,

desnuda de luna.

Todo se ha perdido.

Su cabeza erguida

no besará el viento

ni adornará nunca

la casona grande

de oscura pintura.

La triste palmera

llora su desgracia,

su gran desventura.

Ninguno de aquellos

que ayer se sentaron

bajo su mirada

de dama de alcurnia

el rostro le enjuga.

Ninguno se atreve,

piadoso y humilde,

a llorar con ella

su triste fortuna.

...pero el viento, quedo,

despacio, en silencio,

recorre la altura.

¿Dónde estás, amada?

¿Dónde estás? Susurra

mimoso,

y en vano la busca.

"Ya se fue mi amada.

Ya se fue la bella

doncella

que en mis noches solas

con pasión besaba..."

Y una voz, muy débil,

sube de la palma:

quejidos de triste agonía,

quejidos del alma.

Baja el viento al suelo,

y al verla tan mala,

la besa, la besa.

Y ella, satisfecha,

en alas del viento

dejó una palabra

que tan sólo el viento

podrá recordarla.

Abril de 1.954. Tiene su explicación. Cuando jugábamos al fútbol en el patio del colegio, siempre nos tropezábamos con esa palmera y hubo que cortarla. Fue un acontecimiento.

EL NIÑO TONTO Mayo 1955

El niño tonto no tiene amigos

ni tiene a nadie que le sonría.

El niño tonto, junto a la puerta,

medio acostado,

cazando moscas se pasa el día.

Las tardes rojas que en el verano

dejan las calles sin ruido y solas,

han visto siempre

que aquel pequeño a quien llaman tonto,

en una manta, junto a la puerta,

mientras el fuego del astro grande

quema las casas, duerme la siesta.

Cuando los chicos pasan corriendo

pisan al tonto que abre los ojos

sin darse cuenta por qué le pegan.

Sus ojos grandes, llenos de agua,

ven que se alejan los chicos grandes

que en su carrera piedras le tiran.

Y otros, más machos,

hasta se acercan y en la cabeza

le dan de golpes o unos tirones

le dan de orejas.

¡Tonto! Le dicen. ¡Feo! contestan

a su mirada fija y perpleja

que no comprende por qué le pegan.

Su cuerpo blando se balancea

como los flanes de la despensa.

Su baba blanca resbala lenta

desde la boca hasta la chaqueta.

Unas vecinas miran con sorna

al pequeño mártir que parpadea

viendo sus risas, sin que por ello

compasión sientan.

Un niño blanco, porque muy blanca

su ropa era, va por la calle.

El niño tonto suspenso queda.

Y muy despacito, con su carita

sucia de churretes, sin que su paso

nadie lo advierta, se acerca

al niño que va vestido de blanca seda.

El niño tonto su sucia mano

levanta ansioso para con ella

tocar la tela.

¡No lo toques!

El niño tonto

abre los ojos y tembloroso

da media vuelta y se aleja.

Ya nadie se ocupa de su persona

que muy despacito se pierde

detrás de una puerta.

La puerta se cierra despacio,

muy lenta.

Y al niño dos hondos gemidos

le salieron de su boca

babosa y abierta.

Al ruido de tales quejidos,

la mujer que planchaba en la mesa

se asoma y lo mira. Sonríe,

con esas sonrisas tan tiernas

que tan sólo saben

las madres hacerlas.

Se acerca y lo abraza en silencio.

Lo besa.

Para ella no es tonto ni feo su niño.

Y el niño

qué feliz en sus brazos se encuentra.

Tan feliz, tan feliz, que se duerme.

Porque en ellos se siente seguro,

porque sabe que no le molestan.

Marzo 1956

Yo he visto, al jugar los niños,

que las flores cuchichean

entre sí bellas palabras.

Yo he visto, yo he visto siempre,

que no es el aire ni el viento

quien menea la hojarasca.

Son ellas mismas, las hojas,

y las flores escarlata,

y las azules violetas,

y las moradas campanas

que hay en todos los jardines,

que entre sí van murmurando

de los niños de la plaza.

“Aquel de los ojos negros

me gusta”, dice la acacia.

“A mí el que rueda los aros”.

“A mí el de los rizos negros

que en brazos lleva la chacha”

“¿Y a ti, linda margarita?”

“¿No se encuentra entre los niños

ninguno que más te plazca?”

“Eres exigente, nena”.

“¿Por qué te quedas callada?”

La margarita, tan pura,

se calla, no dice nada.

Nadie ve que de su cáliz

dos lagrimones resbalan

rodando hasta los terruños

que rodean sus entrañas.

Su mente se va muy lejos,

muy lejos, después del alba.

Recuerda, como entre sueños,

la voz transparente y clara

de un muchacho que camina

con paso trémulo y calma.

Recuerda que junto a ella

se para el mozo a mirarla.

Recuerda cómo las manos

del muchacho se posaban

sobre su cáliz dormido,

sobre su tronco de caña.

Recuerda, como entre sueños

que de los labios del mozo

salieron bellas palabras.

Palabras de enamorado

que recuerdan a su amada.

Palabras llenas de cielo

que, cual corriente nerviosa

recorrieron a lo largo

su débil y frágil caña.

El mozo se fue, dejando

sobre sus pétalos blancos,

blancos, como nieve blanca,

el cariño que unos besos,

besos de amor y esperanza,

la dejaron extasiada.

La margarita suspira

mientras las otras esperan.

Dobla de pronto la caña.

La ven que se va mustiando

sin decir una palabra.

Muere del todo la bella.

Y las flores, extrañadas,

se preguntan el porqué.

Y la rosa, sabihonda,

contesta a las otras flores

que fueron a interrogarla:

“No os apuréis, si se ha muerto,

es que estaba enamorada”.